

INTRODUCCIÓN

Richard Price (ed.)
Sociedades Cimarronas

LOS CIMARRONES Y SUS COMUNIDADES

Junto con la flota del gobernador Ovando, que se dirigía hacia La Española en 1502 para reforzar la vacilante colonia que Colón había dejado atrás el año anterior, se embarcaron "unos pocos negros... traídos por sus amos" [Parry y Sherlock 1965:16]. Entre ellos se encontraba el primer cimarrón afroamericano; un esclavo anónimo que "se huyó entre los indios" al interior montañoso, luego de haber pisado tierras en el Nuevo Mundo [Guillot 1961:77]. Hoy día, después de aproximadamente 470 años, aún vive en Cuba un hombre llamado Esteban Montejo, que escapó de la esclavitud en su juventud y vivió por años en los bosques, y que debe ser el último ejemplar sobreviviente de esta reacción desesperada, pero sorprendentemente frecuente, a la esclavitud en las Américas: fugarse o cimarronear [Montejo 1968; Salkey 1971].

Por más de cuatro siglos, las comunidades formadas por tales fugitivos bordearon las fronteras de las plantaciones americanas, de Brasil al sudeste de los Estados Unidos, de Perú al sudoeste norteamericano. Conocidas de varias maneras, como *palenques*, *quilombos*, *mocambos*, *cumbes*, *ladeiras* o *mambises*, estas nuevas sociedades alcanzaron desde menudas partidas que sobrevivieron menos de un año, hasta poderosos estados que incluyeron miles de miembros y que sobrevivieron durante generaciones o incluso siglos. Hoy día sus descendientes aún forman enclaves semiindependientes en algunas partes del hemisferio. Permanecen fieramente orgullosos de sus orígenes cimarrones y, en algunos casos por lo menos, fieles a las tradiciones culturales únicas que fueron forjadas durante los primeros días de la historia afroamericana.¹

¹ La palabra inglesa *maroon*, como la francesa *marron*, proviene de la española *cimarrón*. Tal como se usó en el Nuevo Mundo, *cimarrón* se refirió originalmente al ganado doméstico que se había escapado a las montañas en La Española [Parry y Sherlock 1965:14] y poco después también a los esclavos indios que habían escapado de los españoles [Franco 1968:92]. Al finalizar la década de 1530 ya se había empezado a aludir principalmente a los fugitivos afroamericanos [Franco 1968:93; véase también Guillot 1961:38], y tenía fuertes connotaciones de "fiera", de ser "salvaje" e "inquebrantable" [Friederici 1960:191-92].

Durante varias décadas, la erudición histórica ha hecho mucho por disipar el mito del "esclavo dócil". El grado de resistencia violenta a la esclavitud se ha documentado con suficiente frecuencia —desde las revueltas en las factorías de esclavos de África occidental y los motines durante el viaje, hasta las rebeliones organizadas que empezaron a extenderse en la mayoría de las colonias una década después del arribo de los primeros barcos con esclavos [véase por ejemplo, Herskovits 1958:86-109; Mannix y Cowley 1962:104-30; Pope-Hennessy 1969; Genovese 1967; Kilson 1964; Moura 1959; Schuler 1970b; y Synnott 1971]. Estamos finalmente empezando a apreciar la notable difusión de varias formas de la resistencia cotidiana —desde la simple zanguanga hasta actos sutiles pero sistemáticos de sabotaje [véase por ejemplo, Bauer y Bauer 1942; Blassingame 1972; Bryce-Laporte 1971; Fredrickson y Lasch 1967; y Mintz 1971]. La huida o cimarronaje, no obstante, ha recibido mucho menos atención, por lo menos de los investigadores norteamericanos —en parte debido sin duda a que muchos de los datos relevantes se encuentran en idiomas distintos al inglés, pero también debido a que las publicaciones sobre los cimarrones y sus comunidades han sido muy frecuentemente expresadas en lo que Curtin ha denominado la "tradicción parroquial de la historia nacional etnocéntrica" [1969:xv].

Sin embargo los cimarrones y sus comunidades pueden considerarse como poseedores de un significado especial en el estudio de sociedades esclavistas. Desde una cierta perspectiva las comunidades cimarronas fueron la antítesis de todo aquello por lo que se pronunció la esclavitud, sin embargo constituyeron, al mismo tiempo y en todos los lugares, una parte visiblemente desconcertante de ese sistema. De la misma manera en que la propia naturaleza de la esclavitud en las plantaciones implicaba violencia y resistencia, el ambiente montaraz de las primeras plantaciones del Nuevo Mundo hicieron posible la fuga cimarrona y la existencia de comunidades organizadas una realidad ubicua. A lo largo de Afro-América, tales comunidades permanecieron como un reto heroico a la autoridad blanca, y como la prueba viviente de la existencia de una conciencia esclava que rehusaba ser circunscrita por la concepción de los blancos o ser manipulada.

Desde la perspectiva europea, el cimarronaje aparecía como "la plaga crónica" de las sociedades de plantación del Nuevo Mundo [Peytraud 1897:373]. Durante la primera década de existencia de la mayoría de las colonias, se habían reservado los castigos más brutales para los fugitivos recapturados, y en muchos casos estos castigos quedaron pronto inscritos en los códigos. Un visitante de Surinam a principios del siglo xviii informó que

si un esclavo huye hacia el bosque con el fin de evitar el trabajo por algunas semanas, después de que ha sido capturado se le remueve el tendón de Aquiles como respuesta a su primera ofensa, mientras que en el caso de una segunda ofensa... se le amputa la pierna derecha con el fin de detener su huida; yo mismo fui testigo de cómo se castigaba de esta manera a los esclavos [Herlein 1718:112, traducido en R. van Lier 1971:133].

Y también se tienen informes de castigos similares para el cimarronaje —desde la castración hasta ser asados lentamente hasta la muerte— de muchas regiones diferentes, en las distintas selecciones que se encuentran en este libro.

No obstante, el cimarronaje no tuvo el mismo significado en todas las colonias ni en todos los tiempos. Mientras el número de esclavos que huyó hacia los montes permaneció bajo —sólo los esclavos menos hábiles fueron implicados sin interferir directamente con la vida de la plantación—, la existencia de cimarrones podía ser tolerada o ampliamente ignorada, tal como sugiere Debien para algunas de las islas francesas [1966b:7-9]. Más aún, a través de las Américas, los dueños de las plantaciones parecen haber aceptado como parte del sistema la práctica común de un número reducido de cimarrones —ausencias repetitivas o periódicas con objetivos temporales como la visita a un pariente o a una amante en una plantación vecina. Por ejemplo la huida temporal de este tipo fue claramente un aspecto cotidiano de la vida de la plantación en el sur de los Estados Unidos; este patrón se presenta de manera muy viva en varios de los cuentos de Faulkner (por ejemplo, *Was, Red Leaves*) y se da testimonio impasible en las estadísticas de Mullin sobre los "motivos" de los fugitivos de Virginia [1972:108-9].

Fue el cimarronaje en gran escala, en el cual fugitivos individuales se unieron con el fin de crear comunidades independientes, lo que golpeó directamente los cimientos del sistema de plantaciones, presentando peligros militares y económicos que frecuentemente abrumaban a los colonos al máximo. En un considerable número de casos a lo largo de las Américas, los blancos se vieron forzados a pedir un armisticio a sus antiguos esclavos. En su forma típica, tales tratados —los que conocemos de Brasil, Colombia, Cuba, Ecuador, La Española, Jamaica, México y Surinam— ofrecían a las comunidades cimarronas la libertad, reconocían su integridad territorial, y hacían algunas provisiones para satisfacer sus necesidades económicas a cambio de un convenio para poner fin a las hostilidades contra las plantaciones, para que regresaran a todos los fugitivos futuros y, frecuentemente, para ayudar a los blancos a capturarlos [véase por ejemplo, Kent

1965:172; Escalante 1954:226-29; Franco 1968:100; Debbasch 1961/62:188-89; Edwards 1796; Davidson 1966:249-50; King 1958]. Por supuesto que muchas comunidades cimarronas nunca alcanzaron esta etapa pues fueron destruidas por los grandes ejércitos; y aun cuando se proponían tratados, algunas veces eran rechazados [Escalante 1954:226-27] o rápidamente violados [Kent 1965:172; Escalante 1954:229]. No obstante, parecían brotar nuevas comunidades cimarronas casi tan pronto como eran exterminadas las antiguas, y permanecieron como la "plaga crónica", "la gangrena" de muchas sociedades de plantación, hasta la emancipación final [Debbasch 1961/62:124].

Es importante tener presente que las sociedades cimarronas surgieron como reacción a la esclavitud colonial, una institución significativamente diferente de la del Sur ante bellum, la cual hasta muy recientemente sirvió a muchos estudiosos norteamericanos como el modelo implícito de la esclavitud de plantación [véase Engerman et al., 1972]. Los sistemas de esclavitud colonial en las distintas partes de las Américas fueron mucho más similares unos a otros al principio que lo que pasaron a ser posteriormente, después de que los esclavos nacidos localmente empezaron a predominar, y a medida que todos los sistemas de plantación se hicieron más diferenciados económica, legal y políticamente. Los sistemas coloniales iniciales compartieron, por ejemplo, una proporción particularmente alta de africanos nativos (con todo lo que esto implica culturalmente), una tasa sexual predominantemente a favor de los hombres, y una especialización artesanal considerable entre los esclavos. Tal como concluye Mullin en un estudio reciente, tales factores hicieron a las poblaciones esclavas coloniales "más parecidas que disímiles y por ende altamente comparables" [1972:xi]. Y es esta comparabilidad la justificación última para un enfoque hemisférico de las sociedades cimarronas.

Este libro es, en un sentido, una extensa argumentación sobre el hecho que las sociedades cimarronas forman una clase o tipo que puede revelar puntos de vista penetrantes sobre la experiencia afroamericana. Al yuxtaponer un gran número de estudios de caso particulares, obtenidos a través de las Américas, trato de sugerir que los rebeldes que intentaron crear comunidades propias se enfrentaron a problemas bastante similares y que llegaron a soluciones claramente comparables. Debo admitir desde el inicio que tanto los prejuicios personales como los profesionales me llevaron a menospreciar en algún grado la perspectiva europea o colonial, con el fin de abordar en lo posible las sociedades cimarronas desde el punto de vista de las sociedades mismas. Dos años de investigación de campo con el grupo cimarrón sobreviviente más numeroso, los Saramaka, cimarrones de

Surinam,* fracasaron en cuanto a prepararme para las frustraciones de tratar de conseguir una "perspectiva cimarrona" acerca de las otras comunidades, vistas sólo a través de la pantalla de las historias eurocéntricas. No obstante, a pesar de las dificultades, el esfuerzo parece valioso. Ya que he sido incapaz de encontrar algún trabajo sobre los cimarrones y sus comunidades desde esta perspectiva general, trataré en lo que resta de esta introducción de examinar algunos de los temas principales y de los problemas comunes y de anotar otros para la investigación futura.

Para ser viables, las comunidades cimarronas tenían que ser casi inaccesibles, y las aldeas se hallaban generalmente ubicadas en inhóspitas áreas apartadas. En el sur de los Estados Unidos, los pantanos fueron lugares favoritos de sus asentamientos [Aptheker 1939]; en Jamaica, los grupos cimarrones más famosos vivieron en el increíblemente accidentado *cockpit country*, donde abundan los cañones profundos y los sumideros de piedra caliza, pero en donde el agua y la tierra fértil son escasas [para fotografías de este terreno véase Robinson 1969:49]. En las Guayanas fueron bosques aparentemente impenetrables los que proveyeron de hogar a los cimarrones. A lo largo de este libro se mencionan numerosos ambientes "extremos" como asentamientos de las comunidades.

Es muy significativo que tales lugares fueran frecuentemente inhóspitos no sólo para las tropas de persecución (acerca de lo cual ya se ha escrito mucho), sino también para los fugitivos originales mismos. Cuando se lee a Edwards [1796] acerca de Jamaica, o a Stedman [1796] sobre Surinam, uno obtiene una imagen romántica de hijos e hijas de África perfectamente adaptados a un ambiente que provee generosamente de agua, cosechas y caza. Pero el punto de vista cimarrón, tal como lo conocemos por algunos preciosos relatos, sugiere por el contrario que los difíciles ambientes naturales de las primeras comunidades presentaron al comienzo obstáculos terribles y que sólo después de mucho sufrimiento y de poner en práctica todo el complejo conjunto de su experiencia cultural colectiva y su creatividad, se lograron las admirables adaptaciones que inspiraron a Edwards y a Stedman. Al discutir con los Saramaka su historia inicial en Surinam, fui frecuentemente impresionado por la forma en que hicieron hincapié en las dificultades iniciales en su lucha contra el ambiente (con las pocas principales herramientas —hachas, azadones, armas de fuego— que habían conocido en las plantaciones) tanto como al narrarme sus problemas con las tropas de persecución. Algo de la total "extrañeza" de su nuevo hogar selvático tal como debe

* De ahora en adelante: Bush Negro = cimarrón de Surinam.

haber aparecido a los Saramakas del siglo XVIII puede verse en un cuento que aún se relata; la banda de fugitivos que, después de meses de errar, llegaron al Gáanllo (un río lejano, en el interior, a lo largo del cual viven actualmente) y no pudieron beber el agua debido a que estaba llena de gusanos diminutos. Sólo después de ejecutar rituales mayores, bajo la protección de lo que pasó a ser la deidad-oráculo central de la región, pudieron finalmente purificar el río y asentarse en sus riberas.

Las comunidades cimarronas que tuvieron éxito aprendieron rápidamente a transformar lo inhóspito de sus alrededores inmediatos en una ventaja con fines de escondite y defensa. Los senderos que llevaban a los pueblos fueron cuidadosamente disfrazados y se hizo mucho uso de pistas falsas llenas de trampas peligrosas. En las Guayanas, los pueblos asentados en pantanos eran accesibles sólo por un camino bajo el agua, y tenían otros caminos falsos cuidadosamente sembrados de estacas puntiagudas o que conducían únicamente a pantanos fatales o a arenas movedizas [véase, por ejemplo, Pinckard 1806, II: 246-47; Stedman 1796, II: 116-17]. En muchas regiones se usaron extensivamente trampas para hombres e incluso para perros en la defensa de los pueblos [véase, por ejemplo Schwartz 1970:329-31; Pérez de la Riva 1952:23]. Y las mismas aldeas fueron frecuentemente rodeadas por un conjunto de fuertes estacas (de ahí el nombre genérico para las comunidades cimarronas en territorio español: *palenques*). El uso extensivo de los rasgos naturales en la defensa se ilustra bien por este relato de los cimarrones Leeward de Jamaica:

Los hombres [cimarrones] eran colocados en los salientes de las rocas que sobresalían casi perpendicularmente a una gran altura, sobre un suelo que, comparado con esos precipicios, podría decirse que era plano, cuyo extremo se hacía angosto hasta formar un paso, sobre el cual se podía apuntar a todo el cuerpo. Este paso se reducía a un desfiladero de cerca de media milla de largo, y se estrechaba tanto que sólo de uno en uno podían pasar los hombres por ahí. En caso de que entrase en él una fila de hombres, no habría sido difícil para los cimarrones detenerlos desde lo alto, por el frente y por atrás, haciendo rodar grandes piedras a ambos lados y después matarlos aplastándolos de la misma manera... La entrada era inexpugnable, la continuación de la línea de fosos más pequeños suministraba una retaguardia inaccesible, y la naturaleza había asegurado los flancos de su propia fortaleza. En este escondido vallecito se había asegurado a las mujeres cimarronas y a los niños, y se habían depositado todas sus cosas de valor. En tierra abierta, antes del desfiladero, los hombres habían edificado sus chozas, llamadas aldeas cimarronas o aldeas Cudjoe, de donde, en caso de una alarma, el pueblo podía volar en un minuto a los salientes de las rocas en la boca de los fosos [Dallas 1803, I: 49-50].



CUDJOE HACIENDO LA PAZ CON GUTHRIE. VÉASE CAP. 11.
Tomado de Dallas, R. C., *The history of the Maroons*, Londres, T. N. Longman and O. Rees, 1803.

Resulta interesante que los Saramakas, en Surinam, usaron una estrategia similar en la construcción de un pueblo de estacas en la cima de una colina y cavaron un sendero hundido como único medio de acercarse a su entrada. A medida que las tropas coloniales avanzaron sobre este sendero, los cimarrones hicieron rodar grandes troncos hacia abajo, con lo cual los aplastaron (según el relato de un viejo Saramaka, grabado en 1968). En algunos lugares, los cimarrones dependían aún más de defensas hechas por el hombre, de las cuales las más formidables fueron probablemente las erigidas en los últimos años de Palmares, en Brasil, a finales del siglo xvii. Un testigo presencial escribió:

La línea de defensa era muy fuerte, de 2 470 brazas, con parapetos de dos fuegos en cada braza, completa con flancos, reductos, redientes, guardaciones, garitas de centinelas... y el terreno exterior tan lleno de abrojos [estacas afiladas] y de fosas llenas de ellos, a todos niveles —algunas a los pies, otras a las ingles, otras a la garganta— de manera tal que era absolutamente imposible para cualquiera acercarse a la mencionada línea de defensa desde cualquier ángulo... Tampoco era posible para ellos [los soldados] efectuar acercamientos, tal era la densidad y la espesura de la maleza en los bosques; y ciertamente este factor los imposibilitaba para cavar trincheras [tomado de un documento en el Archivo Histórico Colonial, traducido en Ennes 1948:209].

Los cimarrones desarrollaron a lo largo del hemisferio habilidades extraordinarias en la guerra de guerrillas. Para asombro de sus enemigos europeos, cuyas tácticas rígidas y convencionales fueron aprendidas en los campos de batalla abiertos de Europa, estos guerreros altamente adaptables y móviles tomaron el máximo de ventaja de los ambientes locales, atacando y retirándose con gran rapidez, poniendo con frecuencia emboscadas para coger a sus adversarios en fuego cruzado, peleando sólo cuando y donde ellos escogían, dependiendo de redes de inteligencia confiables entre los no cimarrones (tanto esclavos como colonos blancos), y frecuentemente usando cuernos para la comunicación. Los dos informes más detallados de tácticas de batallas reales, desde Jamaica hasta Surinam, describen maniobras evasivas similares de mucho ingenio [Edwards 1796, 1:541; Stedman 1796, 11:97-99]. Dado que era imperativo acrecentar al máximo el efecto de la pequeña capacidad de fuego que poseían, la supervivencia de los primeros cimarrones dependía fuertemente de tales tácticas generales. Muchas bandas sólo tenían algunas pocas armas de fuego utilizables, y la escasez de municiones algunas veces llevó al uso de botones, monedas y guijas en lugar de balas [véase Debbasch 1961/62: 109; Mirot 1954:254; Stedman 1796, 11:114]. En muchas áreas, los

cimarrones usaron frecuentemente arcos y flechas como armas, así como lanzas sencillas y garrotes amerindios, y, en algunos casos, "palos encorvados con forma de mosquetones" con el fin de atemorizar a los blancos por su aparente fuerza de armas [véase Stedman 1796, II:89].

El contraste entre los modos de combate cimarrón y europeo puede apreciarse en dos relatos de Jamaica. Un escritor del siglo XIX, con la ventaja de su visión retrospectiva, anotaba que:

Las tropas [británicas] marchaban con su uniforme militar característico, tal como si fueran a combatir contra un enemigo regular y civilizado, y algunas veces tenían incluso el absurdo de atravesar los caminos montañosos tocando los tambores... Los pertrechos acostumbrados eran demasiado incómodos y pesados para atravesar los bosques y escalar las rocas, y las casacas rojas lo suficiente llamativas como para ser blanco de los tiradores cimarrones, los cuales raras veces erraban el tiro... Los soldados regulares... desdijeron durante un tiempo recurrir a las rocas y árboles como protección contra el fuego de sus enemigos, considerando infame y poco masculino en un soldado resguardarse del peligro [Stewart 1823:316-18].

Mientras tanto, los cimarrones, utilizando tácticas clásicas de guerrilla,

se colocaban ellos mismos en los salientes de las rocas a ambos lados [de un cañón]... a través del cual los hombres podían pasar sólo de uno en uno... [ellos] se ocultaban cubiertos por la maleza, y detrás de las rocas y de las raíces de los árboles, esperando en silencio para emboscar a sus perseguidores. [Las tropas]... después de una larga marcha, agobiados por la fatiga y la sed, avanzaban hacia la boca del desfiladero... Se espera una ocasión favorable [por los cimarrones] cuando el enemigo se encuentra a unos pasos para disparar sobre ellos desde un lado. Si la cuadrilla sorprendida devuelve el fuego sobre el sitio donde ven el humo de la descarga... reciben una lluvia en otra dirección. Paralizados por esto, e indecisos sobre a cuál parte perseguir, son sorprendidos por la lluvia de una tercera descarga desde la entrada del desfiladero. Mientras tanto, los cimarrones ocultos, frescos, y conocedores de su terreno, desaparecen casi sin ser vistos antes de que sus enemigos hayan vuelto a cargar. Las tropas, después de haber perdido más hombres, se ven en la necesidad de una retirada; y regresan a sus puestos, frecuentemente sin zapatos para sus pies, doloridos y por algún tiempo incapacitados para el servicio [Dallas 1803, I:41-42].

Los cimarrones no sólo se enfrentaban a una potencia militarmente superior, sino que casi siempre eran superados en cantidad. Las mili-

cias locales europeas fueron complementadas frecuentemente con mercenarios importados [véase, por ejemplo, Stedman 1796]. Los indios fueron contratados por los colonos para seguir la pista y combatir a los cimarrones en muchas áreas —por ejemplo, Brasil, Dominica, Guatemala, las Guayanas, México, y los Estados Unidos [Schwartz 1970:324; Debbasch 1961/62:100; Gage 1958:196; Nassy 1788:93; Synnott 1971:112-13; Davidson 1966:252; Aptheker 1939]. En Jamaica, el gobierno llegó tan lejos como para importar varios embarques de indios miskito de las tierras de Centroamérica para este propósito [Dallas 1803, I:38] y los indios fueron reubicados por los colonos de manera que se enfrentaran a los cimarrones en Brasil, y en otros lugares también [Schwartz 1970:324; véase también Hart 1950:67]. Además de esto, también se usaron tropas negras —conocidas con distintos nombres como rancheros, *chasseurs*, "black shots", etc.—; estas tropas fueron utilizadas ampliamente por los holandeses, los ingleses, los franceses y los españoles [Stedman 1796, I:77-80; Dallas 1803, I:38; Debbasch 1961/62:145; Franco 1961:120]. Compuertas de esclavos y libertos, o algunas veces de esclavos a los cuales se les prometía la libertad a cambio de servicios militares, estas tropas eran consideradas por mucho las más efectivas de todas las fuerzas anticimarronas [véase por ejemplo, Stedman 1796, I:77-80]. Y por último, los cimarrones, en algunos lugares como Cuba y Jamaica, tenían que pelear contra perros entrenados [véase por ejemplo, Philaethes 1856:34-42, y Edwards 1796, I:560-69].

Los informes de observadores exteriores dejan apenas entrever lo que debe haber sido de capital importancia en las creencias y las prácticas religiosas para los mismos cimarrones combatientes. Se nos dijo que en Cuba los soldados atacantes encontraron una "parafernalia mágica" [Pérez de la Riva 1952:23]; que en Jamaica, Nanny fue capaz de atraer y atrapar las balas entre sus nalgas, donde se volvían inofensivas [Scott 1968:49; Hart 1950:54] y que Tacky "tomó todas las balas disparadas hacia él en su mano, y las lanzó de regreso con destrucción sobre sus enemigos" [Long 1774, II:451-52]; y finalmente que en Surinam, igual que en Haití, Jamaica, y en dondequiera, los guerreros llevaban a cabo ritos complejos y usaban amuletos con la intención de hacerse invulnerables a las balas [véase, por ejemplo, Stedman 1796, II:107-8, 138-39]. Los Saramakas, cuando me volvían a narrar las batallas de sus antepasados con las tropas coloniales, dejaban efectivamente establecido que en lo que a ellos incumbía, fueron sus dioses y *obeahs* los que con hechizos decidían entre la victoria y la derrota.

Las adaptaciones económicas de los cimarrones a su nuevo ambiente fueron tan impresionantes como sus logros militares. Viviendo con el

miedo siempre presente de ataques sorpresivos, tuvieron no obstante éxito en el desarrollo de una amplia gama de técnicas innovadoras que les permitieron llevar a cabo las tareas cotidianas. La horticultura *swidden* fue el sostén principal de la mayoría de las economías cimarronas, con una lista similar de plantas cultivadas que aparecían en los informes de casi todas las áreas, —mandioca, ñames, camotes y otros tubérculos, plátanos y llantén, arroz, maíz, cacahuates, calabazas, frijoles, chile, caña de azúcar, entre otros vegetales, y tabaco y algodón. Estos parecen haber sido sembrados con un modelo similar de siembras simultáneas —por ejemplo, vegetales en un campo de arroz— de un lado del hemisferio al otro. El hacer huertos era una de las primeras tareas para cada grupo cimarrón recién formado; a sólo nueve meses de haber establecido una nueva aldea, la población de Yanga, en México, “había ya sembrado muchas plantas y árboles, algodón, camotes, chile, tabaco, maíz, frijoles, caña de azúcar, y otros vegetales” [Davidson 1966:247]. Las tropas de persecución, que comprendían la dependencia de los cimarrones de sus huertos, frecuentemente hicieron de su destrucción la primera actividad al atacar a los asentamientos [véase Stedman 1796, II:116; Dallas 1803, I:38; Davidson 1966:248; y desde una perspectiva cimarrona, King 1958]. Debe destacarse, de todas maneras, que en algunas pocas áreas, las comunidades parecen haber sido incapaces de lograr este nivel de independencia económica o no estuvieron interesadas en buscarlo; por el contrario, vivieron directamente a expensas de la sociedad de plantaciones —por ejemplo, los *mocambos* “parásitos” de la economía de Bahía [Schwartz 1970:322].

Los cimarrones aprendieron a explotar su medio ambiente de muchas otras formas —desde la caza y la pesca hasta el desarrollo de una farmacopea variada. El capitán Stedman, quien tenía verdadero pavor al conocimiento ambiental de sus adversarios cimarrones en Surinam, provee algunas ilustraciones.

Son inconcebibles los recursos que emplea esta gente en los bosques... Obtienen caza y pesca en gran abundancia, con ballestas y trampas artificiales, y la preservan asíndola; y sus campos se encuentran casi saturados con arroz, mandioca, camotes, semillas, y otras cosas. Hacen sal de las cenizas de las palmeras... Hemos encontrado oculta cerca del tronco de un árbol viejo una botella-estuche llena de excelente mantequilla, la cual... hicieron mezclando y limpiando la grasa de los gusanos de las palmeras; esto llena todos los requisitos de la mantequilla europea, y yo la encontré de hecho más deliciosa aún a mi paladar. El pistache, o nueces *pinda* (cacahuates) también lo convierten en mantequilla, por su sustancia aceitosa, y lo usan frecuentemente en sus caldos. También tienen vino de las palmeras en abundancia; lo procuran por medio de

profundas incisiones de un pie cuadrado en los troncos caídos, donde el jugo que se ha recogido se fermenta prontamente por el calor del sol; no sólo es una bebida fresca y agradable, sino también suficientemente fuerte como para embriagar. El manicole o pino (una palmera) los provee de materiales para construcción; fabrican ollas con la arcilla que encuentran cerca de sus moradas; la calabaza los provee de tazas; las bromeliáceas y los árboles *maurecee* les proporcionan materiales para sus hamacas, e incluso sobre las palmeras crece de manera natural una clase de gorra, así como escobas; los varios tipos de lianas cubren las necesidades de cuerdas; el combustible lo obtienen de árboles; y una madera llamada *bee bee* sirve como yesca, mediante la frotación de dos piezas, una con otra; también es elástica y sirve para hacer corchos excelentes; las velas también las hacen, ya que tienen abundancia de grasa y aceite; y las abejas salvajes los proveen de cera, así como de una miel excelente [1796, II:114-115].

Muchas de estas técnicas para adaptarse al medio ambiente fueron aprendidas claramente, de manera directa o indirecta, de los indios americanos. No es posible aún decir cuántas tienen algún antecedente también en la patria africana [pero véase Lindblom 1924]. Yo sugeriría, no obstante, que una buena parte de la tecnología cimarrona debe haberse desarrollado en las plantaciones durante la esclavitud. A través de Afro-América, los indios tuvieron mucho trato con los esclavos, sea como compañeros de sufrimientos, como socios en el comercio, o en otras calidades. Las tecnologías indígenas —desde la elaboración de artesanía y la costura de hamacas hasta la pesca por intoxicación o el procesamiento de mandioca— fueron adoptadas y, frecuentemente, desarrolladas más aún por los esclavos, quienes tenían que cubrir la mayoría de sus necesidades cotidianas. La vida cimarrona significó numerosos cambios en su diaria sobrevivencia, pero fue a base del conocimiento técnico desarrollado en la interacción entre indígenas y negros en las plantaciones que se forjaron la mayoría de las notables adaptaciones cimarronas.

No obstante sus admirables logros en la lucha por sobrevivir en un medio ambiente extraño, los cimarrones siguieron siendo incapaces de manufacturar ciertos productos que eran esenciales para la continuación de su existencia. En tanto seguían las guerras, la necesidad de manufacturas como mosquetes, herramientas, utensilios y ropa (así como de nuevos reclutas, particularmente mujeres) mantuvieron a las comunidades cimarronas inevitablemente dependientes de las sociedades de plantación de las cuales estaban tratando de aislarse desesperadamente. Esta incapacidad para desligarse plenamente de su enemigo fue el talón de Aquiles de las sociedades cimarronas a

través de las Américas.² Sea que estuvieran localizadas a una distancia de algunas semanas a pie de los centros coloniales (tal como lo estaban las primeras saramakas o las palmaristas) o a unas pocas millas de las ciudades principales (tal como los *mocambos* de Bahía o el pueblo de André en la Guayana Francesa [Mirot 1954]), las comunidades que tuvieron éxito desarrollaron ampliamente relaciones económicas extensivas con las sociedades coloniales. Tales relaciones iban desde las incursiones de guerrilla a los alrededores de las plantaciones (las cuales fueron especialmente frecuentes en Surinam) o las tácticas de extorsión comunes en torno a Bahía, hasta el intercambio clandestino casi institucionalizado de bienes y servicios que tuvo lugar en muchas otras partes de las Américas. Se deben destacar especialmente dos puntos: la medida de la dependencia cimarrona de la sociedad colonial para ciertos productos esenciales, y la cantidad sorprendente de confabulación de los miembros de casi todas las clases sociales con los rebeldes, en tanto eso sirviera a sus intereses individuales.

Mientras los gobiernos coloniales que estaban encargados de proteger el sistema de plantaciones se encontraban en una enemistad franca con las comunidades cimarronas, muchos miembros de estas sociedades encontraron en los cimarrones útiles proveedores de bienes y servicios y tenían pocos escrúpulos en suministrarles, en reciprocidad, los bienes que ellos necesitaban. Algunos esclavos de las plantaciones, que frecuentemente incluían a parientes y amigos, fueron aliados importantes de los cimarrones en la mayoría de las áreas. En Guadalupe, los esclavos contrabandeaban armas con los cimarrones [Debbasch 1961/62:107]; en Cuba, los esclavos (así como los hombres libres) sirvieron como intermediarios, vendiendo su cera de abejas, miel y pieles en los mercados urbanos, y proveyéndolos, en cam-

² En algunos casos, por lo menos, es posible que los grupos cimarrones hayan sido menos víctimas de la necesidad económica de lo que esta relación implica. Se tienen evidencias de que en algunos asentamientos podían haber sobrevivido físicamente con un contacto con la sociedad colonial considerablemente menor de lo que era común. Por ejemplo, los cimarrones españoles en Jamaica vivieron en un aislamiento virtual durante años, sin mosquetes y sin la mayoría de las otras manufacturas occidentales [Barbara Kopytoff: comunicación personal]. No obstante, aun cuando algunos grupos cimarrones podían fabricar sus ropas, utensilios y demás [véase por ejemplo, Mirot 1954; King 1958], parecían preferir las manufacturas occidentales y estar dispuestos a arriesgar bastante para obtenerlas. En alguna medida por lo menos, entonces, la "dependencia económica" de los cimarrones de la sociedad colonial fue una cuestión de elección, y esto habla de una cierta "occidentalización", la cual, aun cuando limitada en sus alcances, es más profunda que el simple conocimiento de nuevas habilidades adquiridas en las plantaciones.

bio, con herramientas y armas de fuego [Pérez de la Riva 1946:103-4, 109]; y en Jamaica, los esclavos no sólo ayudaron a los cimarrones económicamente, sino que también proporcionaron información de inteligencia crucial [Patterson 1970:303]. El comercio con los colonos blancos también fue común en la mayoría de las áreas. Muchas comunidades cubanas comerciaron directamente con los blancos vecinos [Pérez de la Riva 1952:24]; los intermediarios españoles vendían la caza y pesca en las ciudades de Santo Domingo para los cimarrones de Le Maniel, obteniendo para ellos armas, pólvora y herramientas [Debbasch 1961/62:108]; los colonos de los alrededores de Palmares llevaron a cabo un tráfico ilegal extensivo y complejo con los *quilombos*, intercambiando armas por plata y oro tomados por los palmaristas en sus incursiones cercanas a la costa [Kent 1965:170-71]; y en el sur de los Estados Unidos los cimarrones del Dismal Swamp llevaron a cabo un comercio activo con la población blanca de los alrededores [Aptheker 1930:168].

En general, el medio ambiente social en que se encontraron las nacientes comunidades cimarronas fue tan nuevo y retador como sus alrededores naturales, y el éxito en la sobrevivencia dependió en gran parte de cómo respondieron a él. El Nuevo Mundo colonial era una arena social explosiva, con muchos tipos de grupos de interés en competencia, y las comunidades cimarronas exitosas fueron frecuentemente capaces de enfrentar a unos contra otros. A su vez, por supuesto, los cimarrones frecuentemente fueron usados como instrumento en las luchas entre los grandes poderes europeos así como entre grupos de interés más especiales europeos o coloniales. En la Amsterdam del siglo XVIII por ejemplo, ciertos intereses comerciales periódicamente difundían "falsos rumores sobre la amenaza inminente de violencia por parte de los cimarrones... [causando] caídas artificiales de los precios en Surinam, en el mercado de existencias, con propósitos de especulación" [R. van Lier 1971:40-41, 57].

Una de las "alianzas de conveniencia" más extrañas que se produjo en este ambiente fue entre los cimarrones en los territorios españoles y los piratas que representaban a los enemigos de España. Esta frecuente relación estrecha fue intermitente y estuvo basada en oportunismo por ambos lados: los piratas eran con frecuencia traficantes de esclavos o propietarios [véase Masfield 1925:85-102; I. Wright 1929, 1932] y algo de su opinión general sobre los cimarrones puede inferirse de la etimología del verbo "cimarronear" el cual "vino a significar la forma de castigo aplicado [por los piratas] a los reincidentes entre su propia gente" [Woodbury 1951:130]. No obstante, durante tres siglos, empezando en los principios de 1500, hubo cimarrones que pelearon junto a los piratas en sus batallas

navales, que los guiaron en sus incursiones a las ciudades principales, y que participaron con ellos en el tráfico ilegal ampliamente expandido. Sabemos que algunos cimarrones llegaron a ocupar altos puestos en los rangos piratas; por ejemplo, el fugitivo cubano Diego Grillo pasó a ser Capitán Dieguillo, sirviendo como oficial bajo el mando del notable holandés Cornelis Jol (*Kapitein Houtbeen*—"Capitán Patapalo"), hasta que el antiguo cimarrón fue declarado culpable de esclavismo ilegal a lo largo de las costas de Centroamérica [Franco 1968:97; Díez Castillo 1968:37]. La colaboración entre cimarrones y piratas más famosa, convertida en leyenda como casi todo lo referente al hombre, se relacionó con Sir Francis Drake. Se nos dijo que en una importante aventura en Panamá los cimarrones nativos le sirvieron como cazadores, carpinteros, albañiles, enfermeros, exploradores y arqueros, proporcionándole treinta de sus cuarenta y ocho guerreros. Y a cambio de la ayuda prestada para la captura de cerca de treinta toneladas de plata española y tanto oro como cada hombre pudiera cargar, Drake le dio al jefe cimarrón una "bella cimitarra dorada" que alguna vez había pertenecido al último rey francés Enrique II [Masfield 1925:21-77].

En muchas áreas, los cimarrones se alinearon incluso más directamente con los rivales europeos de sus anteriores amos. En Jamaica, los cimarrones españoles se unieron a los ingleses y desempeñaron un papel decisivo en la expulsión de los españoles de la isla [Patterson 1970:296]; en La Española, los cimarrones de Le Maniel enfrentaron a los franceses contra los españoles durante décadas [Debbasch 1961/62:73-77, 185-91]; en la Florida, los españoles dieron la bienvenida a los cimarrones de las colonias inglesas y americanas, y los utilizaron en contra de sus antiguos amos [K. Porter 1932:323]; se pueden citar otros muchos ejemplos similares.

En la mayor parte de las Américas, los cimarrones también entraron en tratos con los americanos nativos —los indígenas que fueron muy frecuentemente sus maldispuestos vecinos. Pero aunque las relaciones con los indígenas fueron una realidad para la mayoría de las comunidades, tales relaciones eran diversas, variando desde la cooperación exitosa hasta la guerra declarada. En algunos casos, grupos de indígenas y de cimarrones se "fusionaron", tanto cultural como genéticamente, pero sus posiciones relativas en sus contactos sociales fueron diferentes. Los indígenas miskito de Honduras y Nicaragua, por ejemplo, mantuvieron a un grupo numeroso de cimarrones como esclavos domésticos en el siglo xvii, casándose con ellos y absorbiéndolos gradualmente en su población general [véase Helms 1971 para mayor información acerca de los miskito]. En contraste, las Antillas, que inicialmente habían mantenido también a los cimarrones como

esclavos, pronto se encontraron ellas mismas dominadas por los negros en términos de poder y, más tarde, también genéticamente; en el siglo xx, un etnógrafo fue tan lejos como para describir la cultura de esos "Black Caribs", algo engañosamente, como "un pastel africano con ingredientes amerindios" [Taylor 1951:143; referencias adicionales sobre los garífuna (Black Caribs) se pueden encontrar en las notas bibliográficas de la segunda parte de este libro]. Los seminolas y los cimarrones, a lo largo de su prolongada historia de colaboración cercana y de intercambio mantuvieron más claramente sus identidades separadas; pelearon lado a lado contra los blancos, pero en compañías separadas, y los cimarrones (incluso aun cuando eran "esclavos domésticos") sirvieron como confiables consejeros de los jefes seminolas [para referencias sobre los negros seminolas, véase las notas bibliográficas de la tercera sección]. También hubo casos de cooperación militar cercana entre los cimarrones y los indígenas en muchas otras áreas —por ejemplo, México, Colombia, y Surinam [Davidson 1966; Acosta Saignes 1967; Buve 1966]. Y a lo largo del Brasil, los grupos de cimarrones e indígenas convergieron en una amplia variedad de arreglos políticos y culturales [Bastide 1961:131-33].

No obstante, la relación tan cercana como la de los cimarrones con los miskitos, con los antillanos o los seminolas no fue lo prevaliente, los cimarrones y los indígenas llevaron a cabo relaciones comerciales en muchas partes del hemisferio, y los cimarrones, los cuales sufrieron escasez de mujeres, frecuentemente tomaron esposas indígenas (véase *infra*). Por lo menos en un caso, el tráfico cimarrón-indígena no ha disminuido en cerca de dos siglos; los indígenas Trio de Surinam

recibieron todo tipo de bienes manufacturados [adquiridos de los blancos por los cimarrones de Surinam] pero en particular hachas, machetes, cuchillos, y camas, y los cimarrones de Surinam recibieron a cambio perros, exprimideras de cassava, mascotas y cestos. Los perros [de caza] eran y aún son el artículo más valioso; [...] en 1964, yo vi vender un perro de caza por dos hachas, dos machetes, una navaja grande, una caja de metal con candado, una botella de litro de sal, dos espejos, un par de tijeras, y una vasija de metal [Rivière 1969:53-54].

Sin embargo, en otras áreas (y en muchas de esas mismas áreas en períodos diferentes) fueron comunes las relaciones hostiles, frecuentemente estimuladas por los blancos locales [véase, por ejemplo, Willis 1963]. En la Guayana Británica y en parte de Brasil y Virginia, fue probablemente la mera presencia de gran número de indígenas hostiles lo que impidió el establecimiento de comunidades cimarronas via-

bles [van der Elst 1970:61-69; Schwartz 1970:322; Klein 1967:71], y tal como se mencionó anteriormente, los indígenas fueron comúnmente empleados por los blancos tanto para cazar fugitivos como para servir en el ejército en batallas importantes contra las comunidades cimarronas.

La organización interna de las sociedades cimarronas ha recibido relativamente poca atención de los eruditos. No obstante, se conoce suficiente para permitirse alguna generalización y para anotar problemas que requieren atención especial en el futuro.

Las primeras sociedades cimarronas, sea que estuvieran organizadas como estados centralizados (como Palmares), federaciones sueltas y parcializadas (como los cimarrones Windward de Jamaica), o bandas aisladas (como la de André en la Guayana Francesa), fueron comunidades en guerra, en lucha por su simple existencia. El estado de continuas guerras influyó fuertemente en muchos aspectos de su organización política y social.

Con el fin de asegurar la lealtad absoluta de sus miembros, cada comunidad tuvo que tomar severas medidas para protegerse contra la desertión y la presencia de espías. Los nuevos miembros, particularmente los esclavos liberados durante las exploraciones, implicaban una amenaza especial a la seguridad. Sabemos que frecuentemente se tomaron precauciones para hacer imposible que éstos regresaran a sus plantaciones y traicionaran al grupo. En la Guayana Francesa, por ejemplo, los nuevos reclutados.

son traídos al pueblo... mediante numerosos rodeos sin ir por ningún sendero verdadero, de manera que una vez que estén ahí, no puedan encontrar su camino de regreso [Mirot 1954:253].

Y en las comunidades cimarronas a lo largo de las Américas, los nuevos reclutas pasaron períodos de prueba, frecuentemente en alguna clase de esclavitud doméstica. Por ejemplo, en Cuba, los nuevos cimarrones pasaban por un período de prueba de dos años durante el cual no les estaba permitido salir del pueblo [Pérez de la Riva 1952:23]; en Palmares, los hombres liberados en las incursiones se convertían en esclavos de los cimarrones hasta que lograban encontrar un sustituto en otra incursión [Kent 1965:169]; entre los hombres del Jefe Boni en Surinam, a ninguno "se le confiaban armas hasta que le hubieran servido algunos años como esclavos, y le dieran pruebas incuestionables de fidelidad y resolución" [Stedman 1976, II:174]; los cimarrones Leeward de Jamaica guardaban a los nuevos reclutas en un tipo de aislamiento durante el cual "No confiaban en ellos, hasta que hubieran servido un tiempo prefijado para su

prueba", que era suficientemente penosa para hacer desear a algunos de ellos regresar con sus amos [James Knight, *La historia natural, moral y política de Jamaica...*, s.f., C. E. Long papers, British Museum Additional Manuscript 12419, p. 96]; y los cimarrones Windward obligaban a los nuevos reclutas

a serles fieles por medio de un juramento considerado muy sagrado entre los negros, y los que rehusaban jurar, sea que hayan ido hacia ellos por su cuenta o hayan sido hecho prisioneros, se les mata instantáneamente ["Further examination of Sarra..." en Hunter/Bd. of Trade, 13 de octubre de 1773, *Calendar of State Papers*, vol. 40, pp. 215-16].

A lo largo del hemisferio se castigaba la desertión comúnmente con la muerte. En Palmares,

cuando algunos negros intentan huir, él [el rey] envía *crioulos* a perseguirlos y una vez capturados su muerte es rápida y de un tipo que infunde miedo [Kent 1965:167].

En Cuba, los rebeldes "tenían la costumbre de matar a los que desertaban de las bandas cimarronas, y a los que no se defendían de sus perseguidores" [Franco 1968:104], y sufrían la misma pena entre los cimarrones Windward de Jamaica [Patterson 1970:302], en la Guayana Francesa [Mirot 1954:253], Le Maniel [Moreau de Saint-Méry 1958:1135], y en todas partes. Más aún, puedo informar que incluso hoy día, el tema del miedo y disgusto de los nuevos fugitivos aflora repetidamente en los relatos orales de los Saramaka sobre su propia historia reciente.

La disensión interna de cualquier tipo podía también significar una amenaza fatal a una comunidad pequeña en guerra. En ausencia de instituciones desarrolladas para mantener el control social, las primeras comunidades cimarronas permitían que se acumulara gran poder y autoridad en sus dirigentes, y aprendieron a vivir con sanciones muy duras para la disensión interna. En Palmares, el "rey gobierna... con justicia de acero" [Kent 1965:167] y "el robo, el adulterio, y el asesinato, eran castigados por igual con la muerte" [Southey 1817-22, III:24-25]. En el otro extremo en términos de tamaño, el pequeño grupo de André en la Guayana Francesa también mostró una considerable centralización de autoridad y una fuerte disciplina interna [cf. Mirot 1954]. En Jamaica el interés de Cudjoe por mantener autoridad absoluta es destacado por todos los observadores; llegó hasta a ejecutar a algunos de sus propios hombres que habían asesinado a unos blancos en contra de sus órdenes [Patterson 1970:309], y en un momento dado rehusó permitir que un grupo de

fugitivos de los cimarrones del Este se unieran a su propio grupo porque

Él tenía un mando absoluto sobre su gente... [mientras que el grupo del Este] eran independientes de él, y sujetos únicamente a sus propios jefes, los cuales no se someterían a él [Knight s.f., 12419:97].

En Surinam, el gran dirigente cimarrón Boni "mantuvo la disciplina más estricta entre sus tropas: era... absolutamente despótico, y había ejecutado [recientemente] a dos de sus hombres... solamente bajo la sospecha de que habían insinuado algunas escasas palabras en favor de los europeos" [Stedman 1796, II:173]. Finalmente, según los misioneros entre los Saramaka del siglo XVIII, las "torturas refinadas", incluyendo el desmembramiento y la quema en la hoguera, se usaron con los convictos de crímenes serios [Staehelin 1913-19, III (2):268-69].

Quizá la amenaza más seria a la paz interna de las primeras sociedades cimarronas tuvo que ver con los derechos sobre las mujeres. Durante el primer período colonial había una gran desproporción entre hombres y mujeres esclavos a lo largo de las Américas [Curtin 1969:19, 41, Engerman *et al.* 1972:26, 31], y esta desproporción aumentó después entre las bandas originales de fugitivos debido al gran número de hombres que lograron escapar de la vida de las plantaciones. Más aún, la poligamia fue prerrogativa de los cimarrones importantes en muchos lugares (por ejemplo, en Jamaica, la Guayana Francesa, Surinam y Palmares), lo cual redujo más aún el número de esposas disponibles para el resto de la comunidad [Edwards 1796, I:539; Mirot 1954:250-51; Staehelin 1913-19, III (2):262; Kent 1965:168]. Muchos grupos trataron de solucionar este problema con la captura de mujeres indígenas (como en México, Panamá, Colombia, Brasil y Perú [Pérez de Ribas 1896:284; Díez Castillo 1968:55; Palacios de la Vega 1955:39, 105; Bastide 1961:129; Millones 1971:611]). Casi todos los grupos tuvieron que vivir con una escasez severa de mujeres hasta que fueron capaces de llevar a sus propios hijos a la madurez. Los cimarrones estaban muy conscientes de que las peleas por las mujeres podían tener las consecuencias más serias. Sabemos, de hecho, de una comunidad en la Guayana Francesa que se disgregó a raíz de una disputa de este tipo [Debbasch 1961/62:105]. Hasta donde tenemos información, la pena para el adulterio en las primeras comunidades cimarronas, como en Palmares o entre los cimarrones Windward de Jamaica, era invariablemente la muerte [Southey 1817-22, III:24-25; "Further examination of Sarra..." en *op. cit.*, p. 215]. Vale la pena mencionar un informe adicional y casi insólito sobre la reglamentación de los derechos sobre las mujeres.

Señala que entre los cimarrones Leeward de Jamaica, existían reglas cuidadosamente establecidas para que varios hombres compartieran una mujer, que permitían a cada uno un número específico de noches con ella, controlaban derechos en la descendencia, y así sucesivamente [Anónimo, *Account of the Maroons and the late war...*, s.f., C. E. Long papers, British Museum Additional Manuscript 12431, p. 99]. Aun cuando desde un punto de vista cultural tales prácticas podrían parecer anómalas en el contexto de Afro-América, ofrecen alguna indicación de la gran escasez de mujeres y del reconocimiento de la necesidad de prevenirla para evitar disgregación de las comunidades.

Mucho se puede aprender mediante la comparación de las sociedades cimarronas desde una perspectiva histórica. Por ejemplo, la fecha de la formación original de una comunidad así como la duración de su supervivencia, parecen ser las influencias principales por doquier en la forma que tomó su organización política. Las comunidades formadas en los siglos XVI o XVII parecen haber diferido de aquellas posteriores, tanto en los tipos de hombres que escogían como dirigentes como en los modelos usados para legitimar su autoridad. Antes de 1700, la gran mayoría de los dirigentes cimarrones de los cuales tenemos noticia eran nacidos en África. Más aún, cuatro de los seis dirigentes principales (Ganga Zumba, Domingo Bioho, Yanga y Bayano) declaraban haber sido reyes en su patria africana. Durante este período se apeló frecuentemente a modelos de monarquía; además del bien conocido caso de Palmares, en donde el rey Ganga Zumba y sus parientes formaron una dinastía [véase Kent 1965], el dirigente cimarrón venezolano, "el Rey Miguel", "formó una corte real con su gabinete y su familia real... hicieron reina a su amante Guiomar y su hijo pasó a ser el heredero forzoso" [Arboleda 1950:86]; Domingo Bioho en Colombia fue nombrado "Rey del Arcabuco" o "Rey Benecos" [Escalante 1954:228-29; Arboleda 1950:82]; y en Panamá, el Rey Bayano "fue considerado con la reverencia y la obediencia debida a un señor y rey natural" [Aguado 1919, II:197].

En contraste, después de comienzos del siglo XVIII, los dirigentes cimarrones muy raramente afirmaron ser descendientes de príncipes de África, tendiendo en cambio a denominarse a sí mismos capitanes, gobernadores, o coroneles en lugar de reyes. Más aún, un sorprendente número de dirigentes durante este período fueron criollos, lo que resulta desproporcionado en relación con el número de hombres nacidos en América de la población esclava general.

Quisiera hacer particular mención al hecho de que en este período, la naturaleza de la sociedad cimarrona (y colonial) hizo de la per-

sona que era hábil en comprender a los blancos, así como de sus camaradas cimarrones, una especialmente valiosa para ser dirigente. Aun cuando muchos esclavos criollos —especialmente educados y diestros y con un trato relativamente bueno— pueden haber desdiciado la compañía de peones de campo nacidos en África, existían por lo menos algunos que consiguieron un alto estatus a juicio tanto de los dueños de las plantaciones como de los esclavos comunes (por ejemplo, Toussaint l'Ouverture en Haití o muchos de los dirigentes rebeldes en la Guayana Británica [véase Synnott 1971:60-61]). Era ese sirviente confiable, sabio en el sentido de los blancos, pero que también mantenía lazos estrechos con la masa de los esclavos y podía entender y usar modos "africanos" de pensamiento y acción, el que agradaba para poder ser dirigente cimarrón. De hecho, al repasar los registros históricos de Surinam, encuentro que casi todos los jefes tribales con éxito poseían exactamente esta rara combinación de habilidad en el manejo de los blancos y conocimiento de las tradiciones "africanas". Incluso hoy día en Saramaka, no se considera apropiado para esa posición ni a un hombre que sea muy occidentalizado en experiencia y actitudes ni a uno que esté demasiado dedicado a los valores tradicionales de tipo "africano"; el primero recibe poco respeto, mientras que el último desempeña funciones importantes pero de asesoría especial o de sacerdocio.

Pocas sociedades cimarronas sobrevivieron a sus turbulentos años de guerra. No obstante, aquellas que se las arreglaron para sobrevivir por largos períodos representan casos históricos de especial significado sociológico, puesto que su completa evolución de los inicios hasta su total desarrollo puede a menudo ser reconstruida. Este aspecto del desarrollo de las sociedades cimarronas ha empezado apenas a ser explorado y presenta uno de los problemas más retadores para la investigación futura.

Parece claro, por ejemplo, que donde sobrevivieron comunidades cimarronas durante largos períodos, se alteraron aspectos importantes de su organización social y de su política inicial, mientras que se desarrollaron nuevas instituciones. En algunos casos, como el del grupo de Yanga en México o de San Basilio en Colombia, la documentación de estos desarrollos es insuficiente [véase Davidson 1966; Escalante 1954]. En otros, como el de los cimarrones de Surinam o los cimarrones de Jamaica, las generalidades de tal desarrollo ya han empezado a emerger. Por ejemplo en Saramaka —la sociedad que conozco mejor— el poder y la autoridad de los dirigentes en los tiempos de guerra iniciales, se fue diluyendo gradualmente con el desarrollo de varias instituciones. Al leer el informe de los misioneros que vivieron con los Saramakas a fines del siglo XVIII [Staehelin 1913-19],

tengo la impresión de que las relaciones de parentesco, que sólo existieron en forma reducida durante los primeros años de la sociedad, estaban desempeñando un papel organizativo importante y determinaban en gran medida la distribución de la autoridad; instituciones legales, incluyendo "concejos", ordalías y otros mecanismos judiciales regulares, operaban sin trabas; un sistema complejo pero integrado de rituales y creencias tenía un lugar importante en el control social y político; y las severas sanciones que tipificaron a las primeras sociedades cimarronas habían empezado a dar paso a presiones más sutiles contra la desviación —la fuerza moral de la comunidad como un grupo y la amenaza de sanciones sobrenaturales. Y existía una tendencia general aún mayor durante este período respecto a la religión (especialmente en el caso de los hombres) con el fin de apartarlos de cultos que acentuaban el poder individual y la protección hacia otros de componente ético más fuerte —esta tendencia fue sumamente acelerada por el contacto creciente con la sociedad de la costa durante el final del siglo XIX [cf. R. Price 1973c: capítulo 3].

La comprensión cabal de la naturaleza de los cambios a largo plazo en la ideología política de los cimarrones es una tarea para el futuro, pero tales estudios es casi seguro que tenderán a arrojar luz sobre los debates actuales sobre la naturaleza de la "personalidad de los esclavos" [véase, por ejemplo, Elkins 1959; Genovese 1967; Lane 1971; Patterson 1967:145-81]. Las mismas dificultades inmensas que enfrentan los estudiosos al tratar de reconstruir los pensamientos y los motivos de los esclavos, confronta al estudioso que trata de interpretar cambios aparentes a través del tiempo en la manera en que los cimarrones se definían a sí mismos frente a los extranjeros. Patterson alude a este problema [1970:315-316] al revisar la famosa confrontación entre Cudjoe, el feroz dirigente guerrero de los cimarrones del oeste de Jamaica, y el coronel Guthrie, el comandante blanco enviado para hacer la paz, y sugiere que el comportamiento "contradictorio" de Cudjoe —al humillarse a los pies del blanco— debe entenderse a la luz de la naturaleza esencialmente contradictoria de la personalidad esclava en general; añade, sin embargo, que puede haber un fuerte elemento dramático en tales actos [ibid.].³ Las complejidades de la interpretación se intensifican

³ Es digno de señalarse que el beso de Cudjoe al pie de Guthrie puede ser menos revelador de su personalidad que del comportamiento simbólico regular de la época [véase Kopytoff 1972]. Besar el pie fue un símbolo común de la relación entre el vasallo y el señor, y aparece como cuestión de hecho en un incidente posterior que atañía a los cimarrones de Jamaica en ese entonces pacíficos, durante un acto de habilidades marciales efectuado para el gobernador Lyttelton en 1764. Después de haber realizado sus maniobras,

cuando se le añade una perspectiva histórica. Como secuela de los tratados, estos mismos cimarrones de Jamaica compraron, vendieron y fueron propietarios de un número sustancial de esclavos, cazaron nuevos fugitivos por un precio, se las arreglaron para ganarse el odio de gran parte de la población esclava, y en muchos aspectos pueden haber merecido su apodo común después de los tratados: "los negros del rey" [Kopytoff 1972; los cimarrones posteriores al tratado cooperaron en la captura de nuevos fugitivos en La Española, parte de Surinam, y en general en todas partes]. Pero no conocemos casi nada sobre la realidad o la extensión de los cambios que acompañaron actitudes fundamentales o la propia imagen. Mi impresión de los informes sobre los encuentros entre los Saramakas y los forasteros después de los tratados, es que hubo menos ambivalencia o contradicción y una actitud más consciente que en Jamaica; por lo menos hasta finales del siglo XIX, la mayoría de los Saramakas parece haber retenido una creencia realmente firme en su propia superioridad moral sobre los blancos así como sobre los negros de la costa y tendieron a considerar todas sus relaciones con los forasteros como intercambios útiles. Uno se arriesgaría a sugerir que los Saramakas fueron privilegiados debido a su gran aislamiento permitiéndoles esto vivir con menos ambivalencia hacia la sociedad occidental y con mayor autoestima que los cimarrones de Jamaica, los cuales estuvieron sometidos a fuertes presiones para su criollización desde mediados del siglo XVIII (véase la introducción hasta la quinta sección *infra*). Pero nosotros no podemos estar absolutamente seguros. Será necesario un trabajo de campo considerablemente mayor entre los cimarrones sobrevivientes, así como un análisis más elaborado de fuentes documentales antes de que las especulaciones de este tipo puedan ser convertidas en proposiciones intelectualmente interesantes y comprobables. No obstante, la importancia de ampliar los conocimientos sugiere que vale la pena hacer el esfuerzo.

Las sociedades cimarronas poseen un carácter "sintético" inusitado debido a las circunstancias históricas especiales, largamente compartidas, en las cuales se forjaron. En esta sección final quiero pasar de la consideración sobre las contingencias exteriores en su forma —tales como ambientes extraños o tropas de persecución— a una discusión sobre las ideas culturales y los modelos que los cimarrones trajeron consigo a los bosques y que fueron los determinantes últimos de la conformación única que tomaron sus sociedades.

Para empezar, es esencial destacar la diversidad de valores y los cimarrones se acercaron al gobernador con sus mosquetes "y los amon-tonaron a sus pies, los cuales deseaban besar algunos de ellos, y les fue permitido" [Long 1774, n:349].

puntos de vista que deben haber estado representados en la mayoría de los grupos cimarrones originales. No sólo las afiliaciones tribales africanas eran muy diversas, sino que también estaba representada una amplia gama de adaptaciones a la esclavitud. El cimarronaje no fue un fenómeno unitario desde el punto de vista de los esclavos, y no puede dársele un simple lugar a lo largo de un continuo de "formas de resistencia". El significado del cimarronaje fue distinto para los esclavos según sus diferentes posiciones sociales, variando con su total percepción de sí mismos y de su situación, y esto a su vez fue influido por factores tan diversos como su país de nacimiento, el tiempo que habían estado en el Nuevo Mundo, las tareas asignadas como esclavos, y el trato especial que normalmente recibieron de los capataces o amos, así como otras consideraciones generales tales como la proporción entre negros y blancos en la región, la proporción de hombres libres en la población, las oportunidades para manumisión, etcétera.

Debido a tales consideraciones, la frecuencia del cimarronaje varió de manera significativa entre los diferentes tipos de esclavos. Aun cuando los datos estadísticos relevantes apenas han empezado a ser investigados, ya han surgido algunas generalizaciones que parecen prevalecer a través de las Américas [véase Debbasch 1961/62; Debbasch 1966a y 1966b; Debien *et al.* 1961-67; Fouchard 1972; Mullin 1972; Schuler 1970b]. Primero, los esclavos menos aculturados estaban entre los más propensos al cimarronaje, casi siempre se escapaban en sus primeras horas o días en suelo americano, y frecuentemente lo hacían en grupos, algunas veces en un intento vano de encontrar el camino de regreso a África. Segundo, los que habían nacido en África y llevaban algún tiempo en el Nuevo Mundo no eran particularmente propensos a huir, y cuando lo hacían era con frecuencia temporalmente, en *petit marronage*. Finalmente, una proporción inusualmente alta de criollos y de esclavos nacidos en África muy aculturados huían, aunque más raramente a las comunidades cimarronas que a las áreas urbanas, en donde sus habilidades y su relativa facilidad para hablar el lenguaje colonial les permitió hacerse pasar por hombres libres.

La primera comunidad cimarrona típica estuvo, pues, compuesta por africanos que frecuentemente estaban literalmente recién desembarcados, esclavos de plantaciones no calificados nacidos en África pero que habían vivido durante años en las Américas (y que debido a su preponderancia numérica en las poblaciones coloniales esclavas conformaron lo más abundante de las comunidades cimarronas), y algunos criollos o africanos altamente aculturados. Sabemos, no obstante, que este primer grupo probablemente incluía una proporción

inusitadamente alta de hombres de edad mediana [Debien 1965:794], que deben haber influido en la configuración de las sociedades y las culturas cimarronas; que el segundo grupo estuvo integrado por una gran cantidad de esclavos amargados, en la medida en que los que habían hecho algún tipo de arreglo a largo plazo con el sistema tendían a fugarse definitivamente sólo cuando habían sido víctimas de una brutalidad considerada excesiva aun por las reglas ordinarias de la plantación, o después de haber sido separados de su contexto social normal, como por ejemplo en una venta repentina a un nuevo amo [véase por ejemplo Debien 1966b:33-42]; y que el tercer grupo probablemente incluyó mucha gente con compromisos ideológicos particularmente fuertes contra el sistema esclavista mismo, ya que la mayoría de estos esclavos diestros que se unieron a los grupos cimarrones podían haber elegido el camino más fácil de mezclarse sin ser descubiertos entre las poblaciones urbanas.

No obstante, tales generalizaciones nos dicen exasperantemente poco sobre el proceso real de la construcción cultural que debe haberse producido en estas nuevas sociedades. Tales "tipos" de esclavos como los africanos recién llegados o los criollos, son abstracciones que, aun cuando útiles en un nivel, deben ser consideradas con verdadera precaución. Las alternativas que tenían los esclavos de cualquier categoría de esas eran mucho mayores de lo que usualmente se ha supuesto, y el ajuste individual alcanzado fue con frecuencia extremadamente complejo. Dudo, por lo tanto, que nuestra comprensión de la "personalidad de esclavo" pueda ser enriquecida por intentos de encajar a individuos reales en una pendiente unilineal que va del "acomodado" a la "resistencia". Tal como nos recuerda Mintz, "el esclavo doméstico que envenenó a la familia de su amo echando vidrio molido en la comida tuvo que haber sido antes cocinero de la familia... Y los esclavos que conspiraron con revueltas armadas en los mercados tuvieron primero que producir para el mercado, y obtener permiso para llevar ahí sus productos" [1971:321]. En este contexto, resulta importante que algunas de las sociedades cimarronas más "criollizadas"—aquellas con una capa más gruesa de catolicismo, lenguaje europeo, vestido occidental, etc.—parecen haber estado compuestas por una proporción particularmente alta de nacidos en África (por ejemplo, muchas de las comunidades del siglo xvi en los territorios españoles). Nos enfrentamos, entonces, con un fenómeno de gran complejidad, cuya comprensión requiere tanto una cantidad de hechos considerablemente mayor de la que ahora tenemos a nuestra disposición y de un pensamiento analítico más penetrante que lo publicado hasta el presente [véase Mintz y Price 1973].

Hasta donde sé, Roger Bastide es el único investigador que ha

tratado de cubrir estos planteamientos tan amplios, proveyendo especulaciones sobre la dinámica de la formación de las culturas y sociedades cimarronas, e intentando caracterizar su singularidad [1972:46-71. Un capítulo repleto, incidentalmente, de datos equivocados sobre estos grupos]. Los puntos de vista de Bastide sobre las sociedades cimarronas las catalogan como algo anómalo, y perciben en ellas un "salto fundamental entre las infra y las superestructuras" [1972:67].

Mientras que en África existe una conexión funcional entre los varios niveles de lo que G. Gurvitch ha denominado "sociología en profundidad", y todos los estratos—desde el ecológico hasta esos valores sociales incorporados o conciencia de grupo—forman parte del mismo continuo, en estas comunidades cimarronas prevalece un estado de cosas muy diferente. Aquí el determinismo ambiental y los reclamos de una memoria colectiva entran en un conflicto directo [1972:68].

Más aún, Bastide argumenta que, al examinar a las sociedades cimarronas "nosotros mismos nos encontramos por doquier confrontados con culturas 'mosaico'", con "una cultura [africana] predominante... [aun cuando] esto sigue permitiendo la coexistencia de enclaves completos basados en otras civilizaciones" [1972:69].

Me parece que en estos pasajes, Bastide sobresimplifica el proceso que contribuyó a la formación de culturas y sociedades cimarronas, malinterpretando la naturaleza de los principios que sirvieron para integrarlos, y subestima considerablemente los recursos creativos de los cimarrones. La noción de una "memoria colectiva", que se ve apañada adecuadamente con la realidad representada por el equipo cultural llevado por los cimarrones a los bosques. Tal como hemos visto, este equipo fue de hecho bastante diverso, e incluyó contribuciones de los africanos después del desembarco que representaron una variedad de lenguajes y culturas, así como de los esclavos de mucho tiempo (nacidos en África) y de los criollos con una amplia gama de ajustes individuales a la esclavitud, orientaciones con la realidad, y modos de enfrentar los problemas. Lo que la mayoría de esta gente compartió fue una cultura afroamericana recientemente forjada y un fuerte compromiso ideológico (o por lo menos retórico) con las cosas "africanas". Aun cuando los ambientes en los cuales se encontraron los cimarrones les eran extraños y hostiles en muchos aspectos, esta gente se hallaba lejos de estar completamente incapacitada para enfrentarlos; tal como se sugirió arriba, mucho del conocimiento cultural necesario para la adaptación física de los cimarrones ya se había desarrollado antes a lo largo del Nuevo Mundo en las plantaciones locales. Por lo tanto, la imagen de una inexorable tensión

en las sociedades cimarronas entre los reclamos de una "memoria colectiva" y la necesidad de nuevas adaptaciones ambientales es engañosa en varios aspectos: su fracaso para reconocer adecuadamente la diversidad cultural de los africanos comprometidos; su confusión sobre los compromisos ideológicos con las cosas africanas con la posesión putativa de algún tipo de cultura africana generalizada; y su omisión total de las culturas afroamericanas nacientes pero ya poderosas que se forjaron en las plantaciones.

La creencia de Bastide de que éstas son "culturas en mosaico" o "culturas mosaico" es también engañosa y contiene más de una insinuación del pensamiento anticuado, mecanicista, sobre la naturaleza misma de la cultura [tal como Herskovits mismo, a edad avanzada, reconoció: véase su 1958:xxiii]. Tampoco el corolario de la imagen de Bastide de "enclaves culturales" dentro de una "cultura [africana] dominante" se mantiene en pie ante un escrutinio riguroso. Yo sugeriría que por enfocarse en los diversos orígenes africanos de varios "rasgos culturales" considerados aislados, Bastide ha fallado en cuanto a ver los principios que integran estas sociedades y les dan su forma característica. Al estudiar a las sociedades cimarronas me he impresionado siempre por lo temprano y lo completo de su "integración funcional"; por lo mucho en que ajustan los niveles de los que escribe Gurvitch entre sí. Y esta notoriamente rápida formación de grupos cimarrones de todo tipo de culturas y sociedades fue posible, como he sugerido, por la existencia previa a lo largo del hemisferio de culturas esclavas bastante maduras combinadas con un compromiso ideológico ampliamente compartido con las cosas africanas.

El desarrollo de ricas culturas esclavas locales (que compartieron muchas características en las diferentes colonias) está apenas empezando a recibir la atención que merece (véase por ejemplo, Goveia 1965; Mullin 1972; Patterson 1967; Rawick 1972), pero ya está claro que los africanos en el Nuevo Mundo, que al principio compartieron frecuentemente poco más que un origen continental común y la experiencia de la esclavitud, desarrollaron modos característicos afroamericanos de conducta desde el comienzo. Sabemos, por ejemplo, que el lenguaje nacional de Surinam (sranan, un criollo con base en el inglés) fue ya "firmemente establecido" en los primeros dieciséis años del asentamiento de la colonia [Voorhoeve 1971:307]. Además, puedo citar como evidencia del desarrollo temprano y rico de cultos afroamericanos en las plantaciones el hecho de que hoy día, ciertos grupos de Saramakas generalmente visitan, adoran e intercambian información ritual con algunos que no son cimarrones de Surinam —en cada caso, precisamente los descendientes de los esclavos

que vivieron en la misma plantación de la cual los antepasados de ese grupo particular de Saramakas se fugó hace dos siglos y medio. Más aún, algunas formas modernas características de las relaciones sociales afroamericanas provienen del viaje inicial mismo; el *máti* y *sibi* saramaka —formas de "parentesco ritual" que implica una fuerte solidaridad— se refirieron originalmente a la experiencia de haber compartido el mismo barco de esclavos [cf. Bastide 1961: 118-19 sobre las mismas relaciones *malungo* en Palmares]. Entonces, lejos de estar limitada a lo ambiental, la contribución de la cultura de la plantación a las sociedades cimarronas cubrió casi todas las áreas de la vida.

No obstante, la cultura esclava estaba limitada en ciertos aspectos claves, lo cual proveía a los cimarrones con pocos modelos, por ejemplo para una organización social o política de nivel más alto. (Hubo intentos importantes de constituir una organización política sobre bases tribales entre los esclavos en la Guayana Británica, Jamaica y en otros lugares, que culminaron algunas veces en revueltas mayores [Patterson 1970; Ramos 1939; Schuler 1970a, 1970b; Synnott 1971], pero si se considera al hemisferio en conjunto, éstas fueron la excepción más que la regla). Y la cultura esclava proveyó a los cimarrones sólo de modelos reducidos para el desarrollo de las artes, la religión, y algunos otros aspectos de la cultura, los cuales resultaba imposible desarrollar completamente en el asentamiento de la plantación. La singularidad de las sociedades cimarronas en el contexto de la cultura afroamericana se origina en gran parte debido a la forma en que superaron estas limitaciones particulares, y es aquí donde la metáfora del "mosaico" de Bastide aparece bastante débil.

En realidad los cimarrones extrajeron de su variada herencia africana al construir sus culturas. Pero a diferencia de otros afroamericanos, que no fueron capaces de trasladar patrones integrados de cultura tradicional, los cimarrones pudieron mirar hacia África en busca de principios organizativos de gran profundidad, relacionados con aspectos culturales tan diversos como el poner nombre a los niños por un lado, o sistemas de justicia por el otro. Aún no sabemos casi nada sobre el verdadero proceso de edificación cultural que se llevó a cabo. Parece probable, no obstante, que factores tales como la ubicación geográfica en África de principios culturales particulares (o por lo menos su compatibilidad mutua), y su adaptación potencial a las condiciones especiales de la vida cimarrona inicial influyeron en los resultados. Y el compromiso generalmente compartido hacia una ideología de la "tierra de origen" debe haber sido el vínculo que permitió que prácticas y creencias de diferentes áreas fueran incorporadas más o menos armoniosamente dentro de estos sistemas

de desarrollo (el mismo Bastide ha escrito en alguna parte que el cimarronaje entrañaba más una "nostalgia por África" que un intento de reconstitución exacta de ella [1961:134]).

Los investigadores que han examinado la vida cimarrona más de cerca parecen estar de acuerdo en que tales sociedades son con frecuencia misteriosamente "africanas" en sentimientos, incluso si están desprovistas de cualesquiera sistemas directamente trasplantados. Aunque sea "africano" en el carácter, no se puede ubicar dentro de un origen tribal específico a ningún sistema cimarrón de carácter social, político, religioso o estético de manera confiable. Más bien muestran su composición sincrética, forjada en el encuentro temprano de gentes portadoras de diversas culturas africanas, europeas y amerindias, dentro del asentamiento dinámico del Nuevo Mundo. El sistema político de Palmares, por ejemplo, que Kent ha caracterizado como un estado "africano", "no proviene de un modelo especial de África central, sino de varios" [Kent 1965:175]. En el desarrollo del sistema de parentesco de los Djuka de Surinam, "indudablemente desempeñó un papel su herencia de África occidental... la influencia de las tribus matrilineales Akan no deja error posible, pero sucede lo mismo con las tribus patrilineales... [y existen] diferencias significativas entre los sistemas matrilineales Akan y Djuka" [Köbben 1967b:14]. Y la investigación histórica a fondo ha demostrado recientemente que el trabajo en madera de los cimarrones de Surinam, considerado durante mucho tiempo "un arte africano en las Américas" sobre la base de muchas similitudes formales, es un arte afroamericano fundamentalmente nuevo "para el cual sería inútil buscar el origen a través de la transmisión directa de algún estilo africano particular" [Hurault 1970:84; véase también R. Price 1970b y 1972].

Por supuesto, las culturas cimarronas poseen un número notorio de continuidades directas y algunas veces espectaculares de tribus africanas particulares, que van desde técnicas militares de defensa hasta recetas contra hechizos. Estas son, no obstante, del mismo tipo de las que pueden ser encontradas, si bien con menor frecuencia, en las comunidades afroamericanas a lo largo del hemisferio. Si se da mucha importancia a estas "retenciones" africanas aisladas (las cuales, tomadas en conjunto, son probablemente lo que hace que las culturas cimarronas parezcan "mosaicos" a Bastide) existe, a mi modo de ver, el peligro de ignorar las continuidades culturales de un tipo muchísimo más significativo. El mismo Bastide ha dividido las religiones afroamericanas en las que están en *conserve* ("preservadas" o "conservadas") —como el *candomblé* brasileño o la *santería* cubana— y las que son *vivantes* ("vivientes") —como el *vudú* haitiano. Las

primeras, argumenta, representan una clase de "mecanismo de defensa" o "fosilización cultural", un miedo de que cualquier pequeño cambio pueda significar el fin; mientras que las últimas están más seguras de su futuro y más libres para adaptarse a las necesidades cambiantes de sus adherentes [1972:128-51]. Creo que puede ser demostrado de manera más general que la fidelidad tenaz a las formas "africanas" es, en muchos casos, una indicación de una cultura que finalmente ha perdido el toque significativo con el pasado africano vital. Ciertamente, una de las características más relevantes de los sistemas culturales de África Occidental es su dinamismo interno, su capacidad para crecer y cambiar. La particularidad cultural de las sociedades cimarronas más desarrolladas descansa firmemente, según mi argumento, en su fidelidad a los principios "africanos" en estos niveles más profundos, para destacar principios culturales —sean estéticos, políticos o domésticos— más que sobre la frecuencia de sus "retenciones" aisladas [véase R. Price 1972; Price y Price 1972a y 1972b; Mintz y Price 1973]. Con una extraña libertad para extrapolar ideas africanas y adaptarlas a la circunstancia cambiante, los grupos cimarrones comprenden lo que es en muchos aspectos tanto lo más significativamente africano como lo más verdaderamente "vivo" de todas las culturas afroamericanas.

Finalmente, unas palabras sobre este libro mismo. Debe quedar claro por ahora que la organización de las selecciones por áreas geográficas fue dictada por la naturaleza peculiar de la investigación cimarrona hasta al fecha. He escrito prefacios para cada selección con algunos párrafos que buscan relacionarlos con los temas más amplios que se discuten en esta introducción. Y en las notas bibliográficas que aparecen al final de este libro incluyo sugerencias para una lectura posterior sobre cada área. En varias selecciones he modificado o eliminado las notas al calce que dan referencias de antecedentes de carácter general sobre los cimarrones, innecesarias aquí; he alterado la forma de algunas notas al calce y referencias con el objeto de obtener una uniformidad de estilo; no obstante, he tenido que dejar intactas muchas referencias incompletas (por ejemplo, fechas no encontradas, editores, lugar de publicación o números de las páginas) en espera de tiempo para encontrarlas. Al final del libro, he incluido una bibliografía general, que comprende todas las referencias citadas en la introducción general, las introducciones por sección, y las notas bibliográficas. Para el resto del libro, las referencias que se citan aparecen al final de cada artículo, con excepción de aquellas ya citadas en la bibliografía general, que no se repiten.